

Pedro Selva

El deber de variar

L'ennui naquit un jour de l'uniformité.—Boileau.



TU varias, luego . . . » Sí, pero después, la experiencia nos enseña otra cosa, nos da lecciones que no recibíamos en el colegio. Entonces las palabras del Aguila de Meaux eran inapelables y se hundían a nuestra vista, como garras, en el corazón del Protestantismo. Esa serie de sectas menudas y contradictorias frente a la unidad inmutable de la Iglesia, la única, la eterna, bastaban como argumento. La verdad esencialmente, es invariable.

Tal vez en Geometría, acaso en Algebra, o en Física, en Química . . . ¡Y aun ahí! De ningún modo en lo que toca al espíritu humano y se relaciona con la Belleza.

Acá lo que no varía es casi siempre falso. O deja rápidamente de ser verdadero. Es decir, bello.

Acá se necesita, incesantemente, cambiar.

Pensamos alguna vez en un género de suplicio que pudo ocurrírsele a Edgard Poe y que sólo él habría conseguido expresar con su lengua de precisión y de misterio: la tortura de un hombre sensible condenado a mirar eternamente la Venus de Milo. Y nada más. O el tormento del dilettante musical que debiera oír, durante meses, durante años, la Novena Sinfonía. Los ejemplos pueden extenderse a las demás artes y prolongarse por todos los caminos del placer. Siempre, al fin de un trecho más o menos corto, hallamos la desesperación.

Es que, como decía en frase inmortal: *«Il y a une seule chose supérieure à la beauté: c'est le changement.»*

El cambio, la mudanza, la variación, he ahí la vida. Suspéndanse por un minuto los cambios astronómicos, telúricos, biológicos, zoológicos: suprimido el tiempo, cuyo sinónimo es el cambio, se suspende la existencia: sólo quedan cuerpos; menos aun, formas inertes, apariencias inanimadas. Sombras.

Suelen algunos pensar ingenuamente que existen recetas para escribir y toman cursos, frecuentan clases, asisten a conferencias literarias.

Tengo un amigo empeñado en componer novelas, no por vanagloria, sino para ganar dinero. Por tanto, no usa el idioma español, sino el inglés. Lo posee muy bien. Posee además una colección completa de libros, folletos, manuales y tratados, manufactura yanqui, adquirida a buen precio, con toda clase de reglas y con-

sejos destinados al aprendiz de escritor. Es increíble la abundancia de esa clase de literatura y el negocio que hacen sus autores. Dan reglas para todo, para los versos, para los cuentos, para las novelas, para los artículos de ensayo y de crítica; hay consejos para hacer humorismo y también emoción; consejos al que desea divertir y al que intenta formular reflexiones filosóficas; existen hasta enseñanza para adquirir fantasía creadora y lograr que desciendan las musas. Si el estudiante no encuentra tema y sufre eso que llaman «penurias de ideas», sequedad interior, le conviene darse un baño tibio y recogerse a una habitación silenciosa, a media luz, soltando todos los músculos, dejando el pensamiento completamente libre. Mi amigo confiesa que cada vez que practica ese consejo, duerme profundamente, por lo menos, una hora. Lo cual le reposa mucho, pero lo tranquiliza, en seguida, pues, durante el descanso, no se le ha ocurrido nada. Sin embargo, no se desanima: sus manuales, invariablemente, repiten que no hay que desanimarse, que es preciso tener constancia, que el genio, según alguien, es sólo «una larga paciencia». Hombre de mundo, que ha viajado y conoce a la gente, habla de sus trabajos, pero no ofrece leerlos ni pretende darlos a luz antes de tiempo, así que se le puede preguntar por ellos impunemente. Contesta que siguen bien, que ha hecho algunos progresos, pero que todavía no encuentra su vena; halla sin dificultad las ideas generales, pero le faltan los detalles. A fin de suplir este vacío de su mente, maneja una li-

breta y la llena con toda clase de pequeñas observaciones y rasgos vivos. Es otro consejo de sus manuales. Lo que le fascina—y él lo dice francamente— es que revistas norteamericanas ofrecen premios hasta de ciento cincuenta mil dólares por una buena novelita. «Calcule usted, al cambio nuestro... es la fortuna asegurada; ya no necesitaría trabajar más». Todo consiste en hallar un personaje interesante, un tipo curioso. Hace tres años que está en su empeño; no encuentra todavía el personaje. Le bastaría, sin embargo, mirarse al espejo pero, tal vez, ningún manual le ha sugerido ese recurso...

No; en realidad, no hay reglas para escribir bien, no existen recetas para tener talento.

Sin embargo...

Entre los héroes de la forma, entre los «mártires del estilo», ninguno más famoso que Gustavo Flaubert. Ha pasado a la categoría de símbolo. Escribía, volvía a escribir, copiaba dos, diez, veinte veces un trozo, persiguiendo las asonancias, las consonancias, las disonancias, desesperado ante las repeticiones de palabras, con infinitos escrúpulos que iban a los ínfimos detalles, hasta a las sílabas cuyo número podía alterar el peso y el ritmo de una frase, equilibrando o desequilibrando un período, echando a perder o realizando toda la página.

¿Qué hay de útil en esa labor agotadora, evidentemente maniática y próxima al delirio?

Tal vez un solo principio: la conveniencia y el de-

ber de variar, de cambiar, de diversificar incesantemente. He ahí una idea simple que las encierra a todas. Desde luego, su aplicación exige una amplitud de conocimientos y una abundancia de recursos casi universales. Se necesita conocer bien el léxico para no repetir los términos sin abrir el diccionario. Es preciso saber a fondo la Gramática para atreverse a ciertas construcciones antigramaticales. Se debe cultivar el oído para evitar las terminaciones cacofónicas y la acumulación de los períodos ascendentes o descendentes. En seguida, ¡qué tensión y qué atención! No empezar siempre con el sujeto ni siempre con el atributo. Que no todos los sustantivos de una frase resultan masculinos o femeninos, plurales o singulares, largos o cortos, concretos o abstractos. Huirle a la composición amazacotada, permitirle al lector respirar, distraerse, ofrecerle blancos reposantes, pero temerle, también, al desmenuzamiento de los diálogos que impiden sentar pie.

No es cosa fácil cumplir la ley de la variedad.

Intentadlo; buscad por ahí «el reino de Dios y su justicia»: lo demás vendrá de añadidura.

El trabajo de ajustar y pulir las piezas de la máquina, reduciendo sus roces al *mínimum*, poniendo en cada sitio el resorte único, adentra en la intimidad del mecanismo, revela sus fallas ocultas e influye sobre el total funcionamiento.

Como el Decálogo dice: «Estos diez mandamientos se encierran en dos», los preceptistas de las varias escuelas podrían sintetizar su código en una sola ley: la

que formula el agrado y el deber de variar. De variar continuamente, incesantemente, sin fatigarse, en todas las esferas, hacia todas las direcciones.

Sólo así se alcanza, en la prosa, la vida. Y se logra, dentro de un fanal cambiante, hacer que el pensamiento arda, invariablemente.

San Francisco de Las Condes, 4 de abril de 1947.